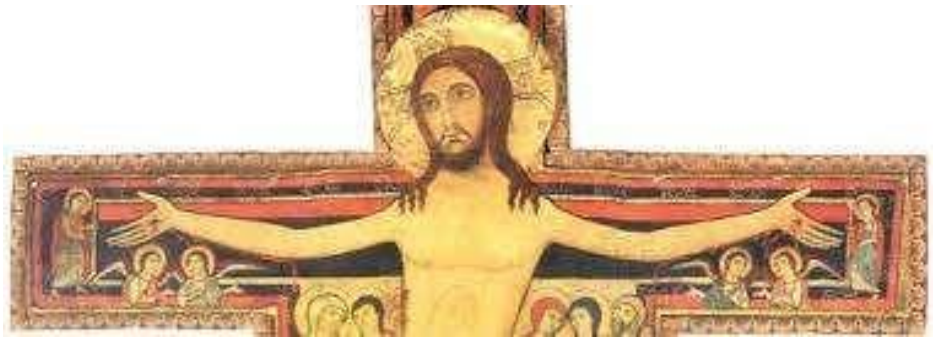

En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo… AMÉN

LECTOR 1:

Salió un día Francisco al campo a meditar, y al pasear junto a la iglesia de San Damián, cuya vetusta fábrica amenazaba ruina, entró en ella -movido por el Espíritu- a hacer oración; y mientras oraba postrado ante la imagen del Crucificado, de pronto se sintió inundado de una gran consolación espiritual. Fijó sus ojos, arrasados en lágrimas, en la cruz del Señor, y he aquí que oyó con sus oídos corporales una voz procedente de la misma cruz que le dijo tres veces: «¡Francisco, vete y repara mi casa, que, como ves, está a punto de arruinarse toda ella!» Quedó estremecido Francisco, pues estaba solo en la iglesia, al percibir voz tan maravillosa, y sintiendo en su corazón el poder de la palabra divina, fue arrebatado en éxtasis. Vuelto en sí, se dispone a obedecer, y concentra todo su esfuerzo en la decisión de reparar materialmente la iglesia.

TODOS:

Oh alto y glorioso Dios,
ilumina las tinieblas de mi corazón.
Dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta,
sentido y conocimiento, Señor,
para cumplir tu santo y veraz mandamiento.

(CANCIÓN)

LECTOR 1: ***SUMO, GLORIOSO DIOS…***

(música instrumental)

LECTOR 2:

Por el tiempo en que Francisco recitó esta oración, se le había vuelto todo problemático. Tenía que clarificar su propia situación, las relaciones con su padre, su futuro personal. En cambio, y aunque está inmerso en tales circunstancias, Francisco no se mira a sí mismo, sino contempla al Altísimo. ¿Cuántas veces estamos pendientes de discordias y discrepancias, de problemas y trabajos por resolver? Nos cerramos en nosotros mismos, en nuestras frágiles seguridades humanas, en el círculo de las personas amadas, en nuestra rutina tranquilizadora.
Cuando eso ocurre, somos incapaces de mirar adelante, nos quedamos fijos en el punto donde estamos. En ese caso puede sernos de gran ayuda el levantar la mirada y orar pausadamente: Altísimo. Quien así ora, reconoce: hay alguien más grande que yo; yo soy el más pequeño, el hermano menor, la hermana menor. Quiero volverme hacia el más Grande, establecerme en Él.

(música instrumental)

LECTOR 1: ***...ILUMINA LAS TINIEBLAS DE MI CORAZÓN…***

(música instrumental)

LECTOR 3:

Mira atentamente durante unos instantes el Crucifijo de San Damián, es decir, déjate mirar por el Crucificado glorioso. ¿Qué es lo que te dice?
Preséntale tus miedos, tus dudas, tus angustias… Preséntale también tus proyectos, ponlos en sus manos…
Por qué tengo miedo, por qué tengo dudas... Si nada es imposible para Tí.

(CANCIÓN)

LECTOR 1: ***...DAME FE RECTA, ESPERANZA CIERTA Y CARIDAD PERFECTA…***

(música instrumental)

LECTOR 2:

Ante el Crucifijo lleno de luz de la capillita de San Damián, Francisco se ha dado cuenta de las tinieblas de su corazón. Éstas consisten, en el fondo, en no poder liberarse y entregarse como se entregó el Crucificado. Por eso, pide actitudes que son una adecuada respuesta a la entrega del Señor en la cruz. Pide tres virtudes: fe, esperanza y caridad. En la fe, el ser humano se entrega, como Abraham, al otro... En la esperanza, miro más allá de mí mismo... En la caridad, entrego mi ser más profundo y doy una respuesta personal al tú. Lo que el hombre busca es amor; el ser humano crece y se perfecciona cuando ama y es amado. Alcanza su perfección en la entrega a los otros.

(música instrumental)

LECTOR 3:

Ante el Crucifijo de San Damián, ¿Te sientes amado por Dios?

Si supieras cómo te amo, si supieras cómo te busco, si supieras cómo te sueño... pensarías mucho más en Mi, nos dice Dios.

(CANCIÓN)

LECTOR 1: ***...SENTIDO Y CONOCIMIENTO, SEÑOR…***

(música instrumental)

LECTOR 2:

Primero Francisco ha pedido las virtudes básicas, las virtudes «teologales». Lo que pide a continuación concierne más bien a sus capacidades y fuerzas anímicas.
Así pues, con las palabras sentido y conocimiento se alude al hombre en su totalidad, abarcando tanto la esfera corporal como la espiritual. El hombre debe cumplir el mandamiento de Dios con el corazón y con la mente, con cuerpo y alma, con todas sus fuerzas. Pero, por nosotros mismos, somos incapaces de ello. Francisco reconoce esta pobreza del ser humano, su dependencia de Dios. Por eso exclama: Señor. El recto sentido y conocimiento sólo pueden venir de Dios. También

respecto a las virtudes, al esfuerzo por hacer el bien, el hombre es un mendigo ante Dios, pero un mendigo que puede extender las manos con toda confianza, y pedirle: la iluminación del corazón; fe, esperanza y caridad; sentido y conocimiento.

(música instrumental)

LECTOR 3:

Ante el crucifijo de San Damián, como Francisco de Asís, pídele que te dé: iluminación del corazón, fe, esperanza y caridad; sentido y conocimiento.
Si tus fuerzas te fallan, si flaquea tu alma, tu cuerpo, pídele al Señor…

(CANCIÓN)

LECTOR 1: ...PARA CUMPLIR TU SANTO Y VERAZ MANDAMIENTO.

(música instrumental)

LECTOR 2:

Nuestro padre San Francisco olvidándose de su yo, de su propia persona se abandona completamente en los brazos del Padre y hace en Él una sola persona, un solo ser. Y reconocía su grandeza sabiendo que sólo existía un Tú, pero un Tú que le hacía reconocerse al más insignificante de todos los seres y a la vez se confiaba plenamente en Dios ya que sabía que de Él todo provenía.

(música instrumental)

ORACIÓN FINAL: (TODOS)

Para terminar este momento de oración y, a ejemplo de nuestro padre Francisco, digamos junto con él las alabanzas al Dios Altísimo.

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres Altísimo.
Tú eres Rey omnipotente.
Tú eres Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.
Tú eres Trino y Uno, Señor Dios de los dioses.
Tú eres el Bien, todo el Bien, el sumo Bien, Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres Amor, tú eres Caridad.
Tú eres Sabiduría, tú eres Humildad, tú eres Paciencia.
Tú eres belleza, tú eres Seguridad, tú eres Paz.
Tú eres Gozo y Alegría, tú eres nuestra Esperanza.
Tú eres Justicia, tú eres Templanza, tú eres toda nuestra Riqueza.
Tú eres Belleza, tú eres Mansedumbre.
Tú eres Protector, tú eres nuestro Custodio y Defensor.
Tú eres Fortaleza, tú eres Refugio.
Tú eres nuestra Esperanza, tú eres nuestra Fe.
Tú eres Caridad, tú eres nuestra Dulzura.
Tú eres nuestra Vida eterna, grande y admirable Señor,
Dios Omnipotente, misericordioso Salvador".